EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... „ 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 3.

MÉXICO, 16 DE ENERO DE 1887.

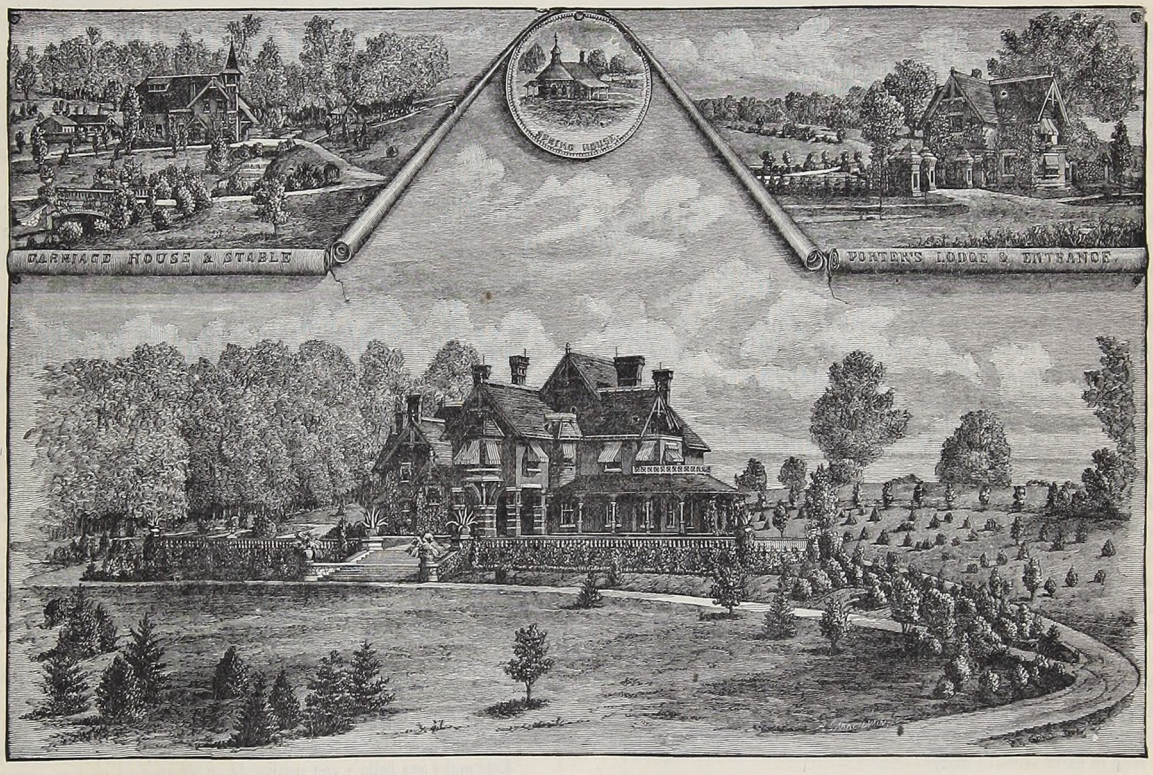
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

WOOTTON EN FILADELFIA



PROPIEDADES DE MR. CHILDS

Futuro Presidente de los Estados Uuidos del Norte

LA MUJER.

CARTAS A UN AMIGO.

Querido Elizalde:

El asunto de tu carta fecha 3 del actual abraza cuestiones sociales de bastante trascendencia, pero que, aunque someramente, hemos tratado ya en el curso de nuestros estudios, por cuya razón no me detengo á analizarlas, pues estamos de acuerdo en la mayor parte de los puntos que desarrollas en tu carta referida. Tus observaciones á algunos de mis argumentos son tan juiciosas é imparciales, que nada tengo que decirte acerca de ellas, sino para alabar tu buen sentido, la manera con que terminas la dificilísima cuestión del matrimonio, y los consejos y máximas que das á la mujer en los últimos párrafos de tu carta. Antes de pasar adelante debo también hacerte presente mi gratitud por los buenos deseos que te animan al felicitarme en mi nuevo estado, y espero ser en él tan dichoso como puede serse en esta vida sujeta á tantas vicisitudes. Ya lo ves, querido amigo, yo he llevado á la práctica lo mismo que he estudiado en teoría. Una ola benéfica impelió la combatida barca de mi juventud, un tanto borrascosa, hacia el punto deseado. La barca ancló y el marinero saltó á tierra. Dios hará lo demás.

Hemos terminado, pues, tú y yo, la segunda parte de nuestros estudios acerca de la mujer, y yo doy principio en mi presente carta á la tercera y última parte, haciendo, como te tengo dicho, uso de algunos fragmentos escritos y publicados en otra época.

¿Quién se atreverá á negar á la mujer la doble dignidad de esposa y madre, que la eleva sobre las demás mujeres, por honradas y virtuosas que sean?

¿Quién rehusará bañarse en los fulgores de la luz que circunda como una aureola la frente de la mujer madre, para buscar en ese sér débil y fuerte, la inspiración, y uno de los tipos sociales mejor acabados que han llenado de virtudes al mundo, desde la primera mujer hasta nuestros dias?

¿Quién negará el respeto á la matrona que, como Cornelia la ilustre, veía en sus hijos las joyas más preciosas con que engalanarse?

La mujer, vista en general, es la poesía de la vida; pero para estudiarla en lo que vale, es preciso estudiarla en sus distintas fases.

En ningún caso admiramos más á la mujer, que cuando la vemos junto á la cuna de su hijo, preparando desde entonces esa existencia de abnegación que coloca á la madre á una altura que sólo ven los que conocen el interior de un hogar donde hay amor y buenos sentimientos.

Nada nuevo me propongo decir acerca de cuestión tan antigua y noble de por sí, y la cual han tratado con verdadera maestría talentos muy superiores. ¿Ni qué podría yo decir de la madre después de haber leído lo que acerca de ella ha dicho la Sra. Gimeno, cuando en un renglón ha resumido, por medio de un gran pensamiento, lo que es la entidad femenina de que me vengo ocupando? «Una mujer en cuyas rodillas se forma la sociedad.» Hé aquí las palabras de nuestra distinguida directora.

Toda la profundidad de esta idea consiste en que la mujer «es la influencia universal.» Así también la creo yo, y pienso que es una gran verdad.

Concíbese perfectamente que haya mujeres malas. ¿Pero puede creerse que haya malas madres?

Tú, amigo mio, me dirás sin vacilar. ¡Sí las hay!

Pero yo te contesto: ¿se puede saber en todos casos las causas que obligan á una mujer á ser mala madre?

Vamos á verlo.

El instinto de la mujer es la maternidad.

Obsérvese á una niña que apenas empieza á tener uso de razón, y lo primero que hace es hacer veces de madre.

Si no tiene á su alcance, ó entre sus juguetes, un *rorro* ó una muñeca, se apodera de cualquier objeto y lo declara su hijo. Lo envuelve en pequeños pedazos de trapo, le forma una cuna de cualesquiera baratija, allí acuesta al niño, lo arrulla, le canta, lo besa, y pasa horas deliciosas contemplando tal vez un pedazo de madera, al que ha dado la forma de un niño, que no se dejará arrebatar sino á costa de lágrimas ó de enojo.

A medida que esta niña crece, aquel sentimiento innato en la mujer se va desarrollando en ella, y rara es la que al llegar á la adolescencia no se disputa el derecho entre las demás, de tomar en sus brazos á un niño, ya sea de su familia ó de otra, sin que se dé cuenta de la irresistible atracción que experimenta hacia aquel pequeño sér que no sabe todavía de dónde vino, pero que le cautiva sin poderlo remediar.

Después de estas observaciones, puede decirse que la mujer en general, salvo las excepciones de que hablaremos después, vive siempre dispuesta á ser buena madre.

El sentimiento de la maternidad es tan noble, tan puro, tan santo, digámoslo así, que apenas hay mujeres que lo profanen, y las que lo hacen son más criminales, porque dotadas por intuición de ese sentimiento, no vacilan en destituirse de su mejor gloria.

La mujer, siendo madre, puede ser mala por varias circunstancias:

Por ignorancia y falta de educación moral.

Por malos instintos.

Por intereses personales ó porque la sociedad misma la obligue á serlo.

Y sin embargo, habrá ó hay, mejor dicho, madres que no saben educar á sus hijos; pero rara, muy rara, la que no sepa quererlos ni esté dispuesta á sacrificar su vida en aras de su amor maternal.

Una pantera, ese animal feroz, indomable, incapaz de un solo instinto noble, es, no obstante, una buena madre, y cuando está con sus hijos debe dulcificarse mucho su ferocidad.

Ahora bien; si una fiera es susceptible de algo bueno, ¿cómo no lo ha de ser un alma creada para un fin grandioso?

El sentimiento maternal es uno en todas las mujeres, y sólo diferencía en sus aplicaciones.

Una madre vulgar, sin educación, sin principios é ignorante de todo lo bueno, es sin duda la menos á propósito para formar miembros útiles á la sociedad. Por mucho que quiera á sus hijos, los educará á su manera; y si ellos no son virtuosos, cúlpese á las que tampoco supieron educar á la mujer que lega á su posteridad lo mismo que á ella le enseñaron.

Pero edúquese á esa mujer, hágasela comprender sus deberes, despiértesela del marasmo que produce la ignorancia, y ella será al fin una madre modelo, porque unida la moralidad al sentimiento, la primera modelará al segundo, y de esta unión resultará necesariamente un bien que, al irse reproduciendo, dará frutos magníficos.

La mujer de malos instintos, educada ó no, será siempre mala por convicción, y en este caso nada valdrá para hacerla cambiar la senda que ella misma se ha trazado.

Mas para bien de la humanidad, las mujeres de esta clase son pocas.

Las madres que son malas por interés, tienen sobre sí el estigma de la gente honrada, por más que envueltas en seda vean desde lejos todo aquello de que pueda acusarles su conciencia.

¡Ah! desgraciadamente en todos los tiempos ha habido mujeres así, pero en los nuestros parece que hay más. Es que las avanzadas ideas del siglo cunden, y hallan eco hasta en el sexo bello por excelencia.

Permíteme, querido amigo, detenerme y dirigir una mirada hacia las causas de ese mal tan funesto.

¡Vanidad! ¡Lujo! ¡Envidia!

Hé aquí los principales enemigos de la mujer. Enemigos temibles de todos los tiempos, de todas las edades, de todas las posiciones. Enemigos que han sentado sus reales en el corazón femenino, y que están en lucha abierta y constante con las espirituales aspiraciones del alma.

Enemigos que están en la sombra, que se cubren el rostro con un velo, pero que están siempre hablando al oído para halagar el amor propio, y apoderarse por este medio de almas puras, inocentes, de ángeles que acaban por manchar la blancura de sus alas con el cieno de las bastardas pasiones.

Voy á ponerte algunos ejemplos, pues ya sabes que me agradan las comparaciones.

Figúrate una esposa que acaba de penetrar por las doradas puertas del matrimonio á ese mundo antes misterioso para ella, que se llama «luna de miel.»

Esta mujer era bella y con motivo de su casamiento es rica, circunstancias más que suficientes para excitar deseos y envidias.

La madre de nuestra joven tuvo la fortuna de encontrar para su hija un buen partido, y sin pensar en más, con su voluntad ó sin ella, arregló un casamiento por razones de conveniencia, como entre los reyes se arreglan por razón de Estado.

En honor de la verdad y no obstante las ambiciones pecuniarias de aquella madre, ha educado á su hija con moralidad, y queremos creer que hasta con virtud.

Pero ¿qué madre no quiere para sus hijos una brillante posición, y todas las comodidades de que acaso no han podido tener en su hogar?

El cariño maternal, tan puro, es, sin embargo, cuando no se mide por la reflexión, la causa de muchas desgracias.

Aquella madre realizó su sueño: ver á su hija ataviada con la belleza natural y con el lujo que la dió su marido.

Satisfecha de su obra, se sonríe llena de complacencia, y desde ese momento ya no es acaso la madre buena que en otro tiempo formaba con ternura el corazón de su hija.

El oro la ha seducido.

Los dictámenes la han deslumbrado.

Desde entonces sólo piensa en brillar al lado de su hija, como satélite alrededor de un astro.

La admiración que despierta la hermosura y el lujo de la joven, envanecen á la madre.

Las necias adulaciones que por todas partes le prodigan á la joven esposa, la hacen sonreir de placer, y hasta las galanterías de los Tenorios de salón que ofenden al marido de su hija, las cree muy naturales, y las celebra, comentándolas con ella misma que, al aspirar el incienso de la lisonja, llega á olvidarse de que ya no es libre ni aun para escuchar otras palabras que las del hombre que ha depositado en ella su honra.

La joven llega á ser madre. ¡Momento supremo! ¡Felicidad no conocida hasta entonces! Unión de todos los amores; sentimiento que no cabe dentro su sér mismo al verse reproducida en otro sér; horizonte azul y sin límites donde se pierde la mirada de una madre que por primera vez estrecha contra su corazón un pedazo de él mismo, y besa unos labios sonrosados y puros como un botón de rosa á medio abrir. Aquella joven que escucha el primer vagido de un hijo de sus entrañas, se siente otra, se fortalece, se purifica, por decirlo así, y se reviste de un valor que antes le era extraño y desconocido.

Trascurrieron los dias; la joven madre deja el lecho, y las horas que ella y su esposo pasan junto á la cuna de su hijo, son tan dulces, tan gratas, tan llenas de emociones, que apenas bastan sus almas para contener tanta dicha.

Pero hé aquí que un dia cualquiera, la madre de aquella joven nota que está su hija algo pálida, un poco desmejorada, tal vez sin que ésto tenga una causa justificada; pero su preocupación ó alguna otra circunstancia que á sus ojos tiene grande interés, la hacen fijarse en detalles que no ha notado.

Comienza por decirle que la lactancia está perjudicándola, que su belleza se marchita, que el brillo de sus ojos se apaga, que su seno está perdiendo la morbidez, que acabará por envejecerse antes de tiempo, y que ésto no debe ser, pues aun es joven y tiene donde brillar. Además, teniendo que asistir á las reuniones, á los paseos, á todas partes donde la llama su posición, no puede estar constantemente con el niño. Es necesario, pues, buscar una nodriza.

Los esposos se oponen; pero ella tiene tal arte para persuadirlos con sus razones, que acaban por ceder.

La vanidad de la belleza y del lujo han triunfado de una de las virtudes y deberes de una madre: criar á sus hijos.

Desde entonces aquel niño comienza á nutrirse con alimentos que no son de su madre, con sangre que no es de su madre; con vida, en fin, que no es de su madre. Mujeres mercenarias crían al niño; durante su período de lactancia rara vez ha permanecido á su lado una sola nodriza, y la vida de aquel sér tan querido se ha alimentado con gérmenes heterogéneos que lo perjudicarán de mil maneras.

Entre tanto, su madre sigue siendo bella, sigue brillando, y su abuela quiere forjarse algo parecido á la ilusión de que no es tan vieja para tener nietos.

Aquí, mi buen amigo, preciso es exclamar: ¡Madres! no sacrifiqueis á frívolos placeres, á vanidades tontas y acaso criminales, la mejor carrera que podeis tener. Vuestra tarea en el mundo es sagrada, cumplidla en conciencia y siempre se os respetará. Sed buenas en la extensión de la palabra; normad todos vuestros actos por la reflexión, y tened presente que sois la base sobre que descansa el edificio social. Si vosotras mismas lo carcomeis, os aplastará en su caída y á nadie os podreis quejar.

Permíteme que por hoy termine aquí, despidiéndome hasta mi próxima, que espero será la última.

México, Enero de 1887.

Antonio de P. Moreno.

LA LENGUA

La lengua está situada en la parte más alta del edificio humano.

Es el *badajo* de la campana del pensamiento.

Limpia, fija y da esplendor, dice la Academia acerca de la lengua.

En lo de la *limpieza* estamos conformes, porque indica el buen estado de salud del individuo.

La *lengua* es lo primero que se le debe enseñar al médico.

Es un espejo que tenemos en la boca y que refleja todos los trastornos intestinales.

Respecto á lo de que sea *fija*, no cabe la menor duda. Pues si *fija* y todo se nos va del seguro, ¿qué sucedería si, por desgracia, se pudiese largar *de bureo?*

Nada. Declarémosla *inamovible*, como perteneciente á un *cuerpo facultativo.*

Lo de *dar esplendor* es lo más difícil en estos tiempos, y conste que no lo digo por éste ni por aquel. Nosotros tenemos la culpa.

Hemos querido conservar *la lengua de nuestros* abuelos, pero de tan mala manera y con tan poco cuidado, que se nos ha *corrompido* con el tiempo.

¡Pobre Cervantes!....¿Qué diría hoy al ver su lengua en tal estado de *putrefacción?*

Yo tengo para mí que la lengua es de lo más perjudicial que poseemos, y hasta abrigo la pretensión de considerarla inútil, ó poco menos.

Ni el suspiro ni la sonrisa necesitan de ella para nada, y sin embargo, saben expresar todo un poema de tristezas ó de alegrías.

El que eleva su alma á Dios en un momento supremo, apenas mueve sus labios: reza con el corazón, sin que el mundo se aperciba de ello. ¡Qué puras deben llegar al cielo esas oraciones sin palabras!

Los ojos también *hablan*, pero tienen un inconveniente: no saben mentir. Expresan el lenguaje de un sentimiento sin disimulos ni rodeos.

Para mí un ciego es un *mudo del alma....*

Por eso me inspiran tanta compasión los ciegos.

Un hombre con los ojos grandes me parece que ha de ser franco necesariamente.

Tiene más hueco por donde salir al mundo la verdad.

No hay duda de que la lengua estorba casi siempre.

Hasta uno mismo se la muerde sin querer.

Tiene la forma de un puñal y lo es en efecto.

Debiera considerarse como un *arma prohibida.*

Y es cobarde, muy cobarde. Vive parapetada detrás de una muralla de marfil, y desde allí dispara sus envenenados dardos.

Tiene algo del reptil que se revuelve en su agujero entre la ponzoñosa baba que destila.

La lengua no asoma nunca más que para hacer burla ó servir de escarnio.

Falso intérprete del pensamiento, dice muchas veces lo contrario de lo que le mandan decir, con grave compromiso de su dueño.

Sin embargo, hay quien se lo debe todo á la lengua: su carrera, su fortuna, su gloria.

Hay artista dramático y comediante político que han conseguido un puesto de honor, charlando más en el café que en la escena ó en la tribuna.

Ayudada de una buena memoria, sabe hacer prodigios la lengua.

Un necio que habla mucho, puede llegar á parecer un sabio.

¡Desgraciado del sabio que hable poco!

A mí ha habido *modistas* que me han jurado *amor eterno; usureros* que me han manifestado su *desinterés; políticos* que me han hablado de su *consecuencia; libertinos* que me han sermoneado sobre *moral....*

¡Cuidado que es embustera la lengua!....

La mano que escribe es más leal, y sobre todo, deja una prueba irrecusable; pero la lengua niega hoy lo que afirmaba ayer, sin el menor escrúpulo.

¡Cuántas veces tiene la mano que castigar sus ligerezas!

Cuando *descarrila* la lengua de un maldiciente, bien puede asegurarse que hay *desgracias personales* que lamentar.

El *choque* de dos *malas lenguas* es la mayor catástrofe que se puede temer. No hay *freno* capaz de evitar el horroroso *siniestro.*

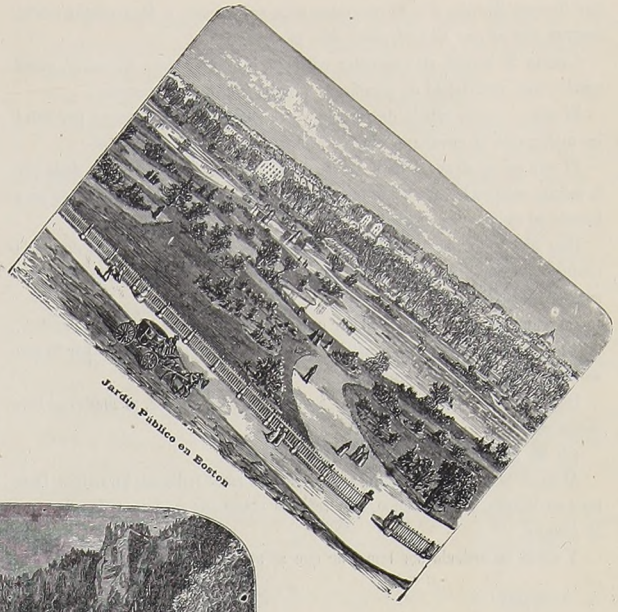
Nadie sabe el peligro que corre cuando *anda en lenguas* por esos mundos.

Los refranes todos recomiendan el silencio, y hay que convenir en la filosofía de los refranes. «*En boca cerrada no entran moscas....*» «*Al buen ca-*

Dirección, Redacción é Imprenta del *Public Ledger* de Filadelfia

Gran Hotel Bruswick de Boston

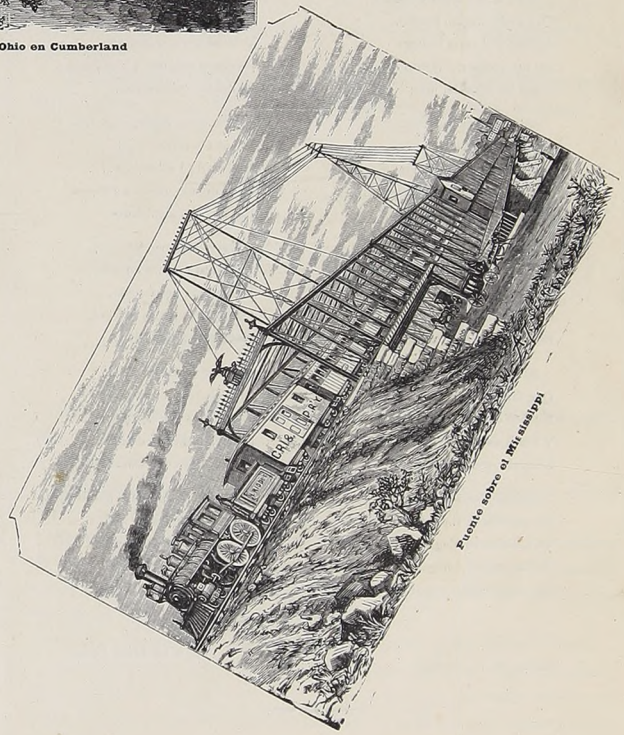
Museo Nacional de Washington



Jardin Público en Boston

Ferrocarril Baltimore y Ohio en Cumberland

Las grandes cavernas de Manitou



Puente sobre el Mississippi

llar llaman Sancho.» «*El que tiene boca se equivoca.*» Pero ningún refrán asegura que *el que tiene lengua dice la verdad.*

Cuando la lengua no encuentra palabras, ó no las quiere encontrar, busca sonidos que, careciendo de significado propio, á nada comprometen.

El *psh*....es un silbido de serpiente que asoma la rojiza lengua por entre las malezas de la envidia, ó por los áridos arenales de la calumnia.

El que no se atreve á herir de frente una reputación, siembra la duda por lo menos, emitiendo ese sonido que no llega á palabra y que á veces basta para hundir un nombre en el lodo.

Dios supo lo que hacía en Babel confundiendo las lenguas. ¡Ojalá durara la confusión todavía! Así nos entenderíamos por escrito, y de este modo sufriríamos menos desengaños.

La pluma es mucho más prudente que la lengua, y sobre todo, más verídica.

Tan poco caso hago ya de palabras, que conozco á los hombres por lo que se callan más que por lo que dicen.

De las mujeres no hablo, porque á esas no se las conoce, ni mudas ni lenguaraces.

¡Si las mujeres no *hablaran* serían ángeles!

Al hacer la mujer, Adán puso una costilla, el amor todos sus atractivos, Dios toda su belleza, y el demonio, que tenía la obligación de poner algo, le puso *la lengua.*

Y corto mi artículo por temor de que *se me vaya la idem.*

España. JOSÉ JACKSON VEYAN.

ADELINA PATTI

(En su función de Beneficio que dedicó á la Sra Dª Carmen Romero Rubio de Díaz.)

Yo no canto la ovación
Que tus méritos pregona....
Ni tu egregia inspiración,
Ni tantos triunfos que son
Diamantes de tu corona.

Todo el que logra escuchar
Tu voz de mágico acento,
Aplaude, al verte imitar
Así las quejas del viento
Como los ecos del mar;

Así el tranquilo rumor
De la brisa y del follaje,
Como las quejas de amor
Que de noche en el ramaje
Da en la selva el ruiseñor.

No hallarás almas esquivas
De oir tus notas sonoras,
Siempre dulces, frescas, vivas;
Con ellas nos enamoras,
Nos vences y nos cautivas.

Al oirte pensé yo
Que fué tu voz la que un día
Rossini en sueños oyó....
Y Verdi está todavía
Soñando que la escuchó.

Quiero afanoso aplaudir
En esta noche sin par,
Tu nobleza en elegir
Á una reina del hogar
Que sabe amar y sentir.

Esto ensalza mi laúd,
Mirar en consorcio santo
Tu gloria y su juventud:
Frente á la reina del canto
La reina de la virtud.

Y no es torpe adulación,
Sino tributo á la fama
Y al mérito admiración.
¡Siempre ensalzar á una dama
Es nobleza y galardón!

Mira á esa dama, y galanas
Á cuantas brillan aquí
De la virtud soberanas....
Di al mundo que son así
Las mujeres mexicanas.

Dejas México, Adelina,
Donde tu voz nos conmueve
Y tu gracia nos fascina.
¡Siempre la dicha te lleve,
Hechicera golondrina!

Hallarás en tus afanes
Otro clima, otro arrebol,
Y azucenas y arrayanes;
¡Nunca la luz de este sol
Que dora los dos volcanes!

Guarda allí el lauro que esmalta
Nuestro entusiasmo leal,
Prenda que da noble y alta
La tierra de la *Peralta*
Á *Adelina* la inmortal.

JUAN DE DIOS PEZA.

México, Enero 13 de 1887.

AURORA

POEMA POR ERNESTO GONZÁLEZ.

Continuación

SEGUNDA PARTE.

CUESTION DE AROMAS.

I

Una fresca mañana
De Abril florido, en que á los verdes prados
Naturaleza esmalta y engalana,
Y los campos ostentan adornados
Suntuoso atavío
De flores y perfumes y rocío,
De su aposento abriendo la ventana,
La cual daba á un jardín en miniatura,
Que no os puedo pintar, aunque quisiera,
Por la que sin recelo penetraron
Un rayo del rey-astro, y la frescura
Aromada de bella primavera,
María y su madre así se hablaron,
Diciendo á la segunda la primera:
—«Madre, me preguntais si yo amo á Alberto,
Que ayer pidió mi mano,
Y yo os respondo que mi amor es cierto,
Inmenso como el mar y sobrehumano.
Que en vos y en él yo cifro mis mejores
Ilusiones de pura bienandanza,
Que sois ambos mi dicha y mi esperanza,
Que sois ambos mis únicos amores.»
—Y añadió con sonrojos,
Bajando al suelo los dormidos ojos—
«Y que todo mi anhelo
Es, al verme su esposa, hallar un cielo.»
—«Y sabes, mi María,
Aquella anciana entonces le decía,—
¿Cuáles son los deberes
De la cristiana esposa
Para cumplir constante y cuidadosa
La sagrada misión de las mujeres?»
«¿Al sentir las espinas
Que habrá en tu nueva senda,
Suspirarás por la que hoy caminas
Buscando un corazón que te comprenda?»
—«Lo ignoro: sólo sé que en el desierto
De la vida, seré yo para Alberto
Tan buena como fuísteis con mi padre;
(Y concluyó María)
Que siempre estará fija el alma mía
En mi Dios, en mi esposo y en mi madre.»
. . . . . .
Decidme, cuando púdica doncella
Tan llena de candor así descuella,
Y casta é inocente
Así se expresa y siente,
¿Por qué, rompiendo las celestes nubes,
No bajan los querubes,
Y al cielo se la llevan dulcemente?...
¡Tiene este siglo tan sutil veneno!...
¡Hay en nuestro planeta tanto cieno!...

II

Limbo de luz, penumbra misteriosa,
Rítmico canto que al amor responde,
Celeste aroma cuya flor se esconde
Cual violeta, bajo sombra hojosa:
Atracción poderosa
Hácia un mundo de goces ignorado,
Palpitación de un sér enamorado
Que algo espera infinito, incomprensible,
En realidad trocado un imposible
Allá entre sueños visto y deseado;
Fluído ardiente que veloz circula
Por todo un sér amante,
La mente que se pára y no calcula,
El pecho que comprímese anhelante,

Sollozos en la voz, dicha en el alma,
Lágrimas en los ojos,
Abandono y castísimos sonrojos,
Confianza y duda, tempestad y calma,
Perfumes de azahar, olor de cirios,
Alguien que gime, que gozando llora,
Verdades y delirios
Que junta y unifica
Voz robusta del órgano sonora:
Esperanza que al alma vivifica,
Un círculo que oprime un blanco dedo,
Intenso goce y miedo:
Un libro en el que el mismo Dios escribe
Para siempre dos nombres,
Y dos promesas á la vez recibe
A la faz de los cielos y los hombres:
Esto siente, esto escucha enamorada
El alma de la virgen desposada
Ante las aras del Señor clemente,
Y al pronunciar el «*sí*» que eternamente
Cierra una vida y abre otra ignorada.

III

Esto sintió María
En aquel venturoso y claro día,
Cuando encendida de rubor y miedo,
Dulcemente y muy quedo,
Eterno amor á Alberto prometía,
Prosternada á los pies de anciano cura,
Que tanta juventud, tanta hermosura,
En éxtasis divino bendecía.

IV

Después.... aquí.... la antorcha de Himeneo
Que alumbra á un sér que en otro sér adora.
Allá.... una madre que solloza y llora,
Que en su febril y maternal deseo
Sólo abraza el vacío
Mudo é indiferente,
Y que morir se siente
De honda tristeza.... y soledad... y frío ...

México, 1887.

Continuará.

ECOS DE LA MODA.

No faltan, por cierto, donde recogerlos en esta época en Madrid, y espacio me faltaría si quisiera consignar sólo á *vuela pluma* los que han llegado á mis oídos, simbolizando en una sola frase un rasgo característico de la moda. Ya es una andaluza con su gracia meridional la que compara nuestros actuales sombreros con un molino de viento colocado sobre la cabeza; ya un señor cachazudo y respetable el que censura nuestra voluminosa *tournure* (polisón); ya, en fin, son dos discretas y elegantes damas las que, por el contrario, celebran las últimas creaciones de la moda, hallándolas siempre encantadoras por ridículas que aparezcan á los ojos de los demás. De todos estos alardes de ingenio que el viento se lleva, resulta gráficamente retratada la moda actual; y trasmitir algo de esos ecos á nuestras lectoras, es de interés en un periódico consagrado á las damas.

En los funerales regios de San Francisco, adonde no pude entrar aun llevando papeleta, porque los que no la tenían se apoderaron de mi sitio, detúveme en el atrio breves momentos, y otras dos compañeras de infortunio se saludaron de esta manera, una que salía y otra que llegaba en su carruaje:

—Duquesa, viene usted muy tarde; imposible penetrar.

—Mi modista ha tenido la culpa; ¡no me ha permitido venir hasta este momento!

—¡Y está usted elegantísima! Vestido de peluche negro y castor natural....

—Es usted entendida en pieles, Clementina!

—Algo, y además, es la piel de moda, y conociendo su elegancia no era difícil acertar.

—Sin embargo, no acierta del todo, porque lo que traigo es un abrigo.

—Perdón, duquesa, como los abrigos actuales tienen mucho de vestido, porque con ellos se podría suprimir, creí al pronto que lo era. Confieso mi error y la proclamo, como siempre, reina de la elegancia.

—Si quiere usted la llevaré en mi coche adonde vaya.

—Que, ¿no hace usted siquiera intención de penetrar en el templo?

—No, ¡ya usted me dice que es imposible, y de todos modos mi objeto principal era sacar para esta solemnidad mi abrigo á la modista, que de otro modo me lo hubiera entretenido un mes.

¡Sonreí viendo partir á las dos damas conocidas en nuestra aristocracia, y volví lentamente á mi morada, considerando cómo en el mundo se sacrifica lo más á lo menos, cómo una mujer elegante abusa de los nombres y las cosas más serias para el estreno de alguna gala!

A las pocas noches ocupaba mi asiento en el palco de unas amigas abonadas al Teatro Real, y en el inmediato había unas lindas jóvenes, citadas comunmente por su elegancia.

—¡Te diviertes poco esta noche, decía una, no sé qué tienes! Ni siquiera miras al palco de enfrente, y hay unos gemelos clavados en tí. ¿Habeis reñido?

—No por cierto; pero Josefina no me ha concluido el vestido para esta noche.

—¿El de color de *tierra cocida?* ¡Vaya unos nombres originales que ahora inventan! ¿No sería lo mismo y más claro, decir rosa fuerte ó salmón?

—Eso no tendría novedad.

—Dices bien, es preciso decir rojo antiguo y rojo Ticiano, en lugar de decir encarnado oscuro.

—Cierto, como si todos tuviéramos obligación de conocer los lienzos del Ticiano para vestirnos bien, dijo una mamá.

—Es por dar á las modas carácter artístico, alegó la joven displicente.

—Pues si así es, dijo su interlocutora, que á un rostro muy bello unía una inteligencia nada vulgar, que supriman la protuberancia posterior de nuestros vestidos, el hombro tan alto que hace los brazos interminables, la elevación de nuestros sombreros, que obligan á más de una señora á quitar los almohadones de su coche para que el sombrero no toque el techo, y otras muchas excentricidades de que se reirán nuestros descendientes.

—¿No te gusta la moda actual?

—Sí, hija mia, la considero encantadora, y soy la primera en mandar poner aceros á mis vestidos.... ¡Cinco llevo en éste que tengo puesto! pero cuando hablan de la moda artística me río á carcajadas y digo: en la moda sólo reina el capricho.... y el arte aquí!

Dijo señalando á la escena.

En este momento se levantaba el telón, y Gayarre dormía y la Kuffer le arrullaba con aquellas deliciosas notas con que comienza el acto segundo de *La Africana*.

Todos ocupamos nuestros asientos, comenzó el acto, y yo procuré conservar en la memoria tan oportuno diálogo para trasmitirle á las bellas lectoras de *El Album de la Mujer*.

Madrid. JOAQUINA BALMASEDA.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

Continuación.

Marta concluyó sus obligaciones y fué á rezar con su señora. Marta era para ellas, más que una sirvienta, un agregado á la familia.

Cándida seguía bordando con afán.

Entretanto Mario doblaba esquinas y encrucijadas hasta encontrarse en una de las once calles que desembocan en la plaza de Rib-Rambla.

En esta plaza vivía el señor duque del Amaranto. El duque era un caballero de cincuenta años, bondadoso, ilustrado y protector de los artistas. Viajaba mucho, y su palacio de Granada era para él la isla de reposo, á la cual acudía siempre que se sentía fatigado, para descansar.

El duque dispensaba su valiosa protección al poeta-pintor Mario Alcaraz.

Extrañareis, queridos lectores, que no os hayamos hecho todavía el retrato físico y moral de este personaje; mas no ha sido descuido, queremos presentarlo en los fúlgidos salones del duque, porque le vereis mejor que en el opaco gabinete del barrio del Albaicín.